

El olor de la pintura

Juan Olivares

Galería Espai Lucas / Club Diario Levante

Ricardo Forriols

Olía de nuevo a pintura, huele otra vez a pintura en Espai Lucas. El motivo: la primera exposición individual de Juan Olivares (Alzira, 1973) en una galería valenciana, ahí es nada, después de las de Xàbia, Alfafar y Madrid —Galería Pilar Parra— y de varias colectivas. Y huele a pintura en esta primavera de Juan Olivares, que una semana después de inaugurar la exposición en Lucas, lo hacía también en el **Club Diario Levante** para, al día siguiente, viajar hacia la Cité Universitaire de París donde disfruta de una beca de cuatro meses en el Colegio de España; es más, a los pocos días se le concedía el Premio del Colegio de Gestores en su quinta edición y, a principios de mayo, inaugurará en el Centre Municipal de Cultura La Mercè de Burriana.

Para Lucas, Olivares ha seleccionado —como en el **Club Diario Levante**; es difícil separar las exposiciones— una muestra de sus últimas obras: desde formatos de gran envergadura hasta los cuadros pe-

queños y dibujos sobre papel, junto con algunos cuadros de mediano formato, alargados, que a veces combina entre sí. En ambas se da buena cuenta de los elementos con los que trabaja, su vocabulario plástico y su estructura: los diferentes trazos superpuestos, los recorridos de unas pinceladas en franjas cargadas de materia, la fuerza del color (el negro sobre blanco, naranjas, amarillos, ahora de fondo, también el verde) o de esas líneas que se retuercen y que se van hilvanado sobre la tela, aplicadas directamente del tubo, compitiendo con las transparencias

III
Paseante allá donde vaya, con cierto carácter heroico incluso, Juan Olivares raya en el borde de lo clásico y la novedad



del *spray* y las veladuras, con el rastro y los restos.

Además del olor —que es sólo una licencia retórica—, la pintura sobrevive en estas obras, lo mejor de Olivares hasta la fecha: en la serie *Coto Privado*, en los cuadros titulados *Mercromina* (con las manchas y salpicaduras de almagra), en los *Toldos* (que antes fueron la memoria de un colchón), en las *Derivas urbanas* y otras referencias a lo cotidiano, autobiográficas y narrativas, al devenir de la ciudad (*Fachada, Madrugada, Construyendo una casa*); referencias obvias que aparecen en las fotografías recogidas en el catálogo del **Club Diario Levante** y que son como un cuaderno de trabajo, de apuntes, donde descubrir aquella figura del *flâneur* definida por Baudelaire.

Paseante allá donde vaya, con cierto carácter heroico, incluso, Olivares raya en el borde de lo clásico —decía Ortega y Gasset que la historia, también la del arte, es «la técnica de la conversación y la amistad con los muertos»— y la novedad; por esto y por otras cosas es un claro exponente del grupo de jóvenes pintores valencianos en los que destaca su mirada e implicación para con la pintura. En fin, quizás la primavera le reserve alguna sorpresa más, como la respuesta a una pregunta también retórica —nunca mejor dicho— sobre su pintura, que alguien lanzaba en la inauguración de Espai Lucas: ¿paradoja, reflexión o vicio?